



JOAQUÍN O. GIANNUZZI
POESÍA COMPLETA
(1958-2008)



POESÍA COMPLETA
(1958-2008)

Poesía completa (1958-2008)

JOAQUÍN O. GIANNUZZI

Prólogo de
FABIÁN CASAS



POESÍA

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2009
Primera edición, FCE Argentina, 2024

Giannuzzi, Joaquín O.

Poesía completa (1958-2008) / Joaquín O. Giannuzzi ; Prólogo de Fabián Casas. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2024.

651 p. ; 16 × 23 cm. - (Poesía)

ISBN 978-987-719-472-2

1. Literatura Argentina. 2. Poesía. I. Casas, Fabián, prolog. II. Título.

CDD A861

Distribución mundial

D.R. © 2024, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com

Armado de tapa: Juan Balaguer
Diagramación de interior: Silvana Ferraro
Corrección: Ada Solari
Edición al cuidado de Fabiana Blanco y Marina D'Eramo

ISBN: 978-987-719-472-2

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que marca la ley 11723

ÍNDICE

<i>El regreso a Giannuzzi</i> por Fabián Casas	9
Nuestros días mortales	15
Contemporáneo del mundo	51
Las condiciones de la época	89
Señales de una causa personal	133
Principios de incertidumbre	249
Violín obligado	339
Cabeza final	407
Apuestas en lo oscuro	447
¿Hay alguien ahí?	523
Un arte callado	565
Poemas no recogidos en libro	623
Índice general	635

¿POR QUÉ NO? Tiene 8 años y en la escuela de su barrio —una escuela pública que queda cerca del conventillo donde nació y donde vive con sus padres, italianos— unas maestras preparan un acto escolar y se le asigna a él que recite de memoria un poema de Gustavo Adolfo Bécquer, que empieza así: “Del salón en el ángulo oscuro...”. Lo aprende de memoria durante varios días y camina nervioso hasta el lugar donde le dijeron que se tenía que parar en el patio escolar, para dar un paso adelante y recitar. Antes de él canta un coro —le explicaron el guion— y después recita una breve oda la chica que a él le gusta en secreto. ¿De quién era la oda? Pasaron los años y no puede recordar quién era el autor o la autora del poema que salió de esa boca genial. Y después viene él. Ahora. Tiene la espalda del delantal mojada por los nervios. Se escucha recitar, es como si hubiera logrado el distanciamiento brechtiano que tanto le va a intrigar en el futuro, y parece estar salido de su cuerpo y poder mirarse y escuchar recitar el poema de Bécquer. Cuando termina hay un aplauso cerrado, general. Las maestras lo felicitan, la chica que leyó la oda, a su lado, le da un beso. Acaba de descubrir el superpoder que puede dar la poesía. Un superpoder invisible, que no sirve para nada pero que una vez que lo probás, se vuelve adictivo.

Pasan varios años, estamos en 1949 y se publica una antología de poesía para la colección El Ciervo en el Arroyo, *Poesía argentina (1940-1949)*. Este libro intenta dar cuenta de lo que se va a llamar la generación del cuarenta, una generación propensa a lo elegíaco y a los usos del tú, ti, nada de voseo o de lenguaje coloquial. Joaquín Giannuzzi es antologado acá como uno de los más nuevos. Hay ya en esta antología ciertos rasgos que van a permanecer en sus poemas, la forma de observar los objetos, cierto lirismo agrio o en mal estado, toques de pimienta schopenhaueriana para “picantear” la vida feliz que más tarde va a proponer Palito Ortega. Si bien Giannuzzi es un poeta extraño para la antología, todavía no es lo suficientemente poderoso para marcar una poesía propia, singular. Sin embargo, a diferencia de muchos otros poetas que cambian radicalmente desde sus comienzos (por ejemplo Alberto Girri, quien a partir del libro *El ojo* pasa del lirismo de “Tú, Delfina”, un poema dedicado a su madre, a

escribir como un robot genial en contra de la idea del Yo). Giannuzzi parece ser — más allá de los aciertos y errores de sus primeros poemas — un poeta que nació hecho. Es decir que, a lo largo de su trayectoria, va a atravesar la “época” de los cincuenta, los sesenta y llegar a todo lo que da en los noventa, poco antes de su muerte, con una forma espléndida y monótona de escribir poesía. Una poesía que logra sobrevivir bajo el hielo, mientras arriba, en la superficie, se suceden las modas: neorromanticismo, realismo sucio, neobarroco, hip hop, *trash*, lo que sea. Si uno agarra un hacha y golpea el piso helado, abajo, bien conservada en las profundidades heladas del inconsciente, está la obra genial de Joaquín O. Giannuzzi que esta nueva edición vuelve a poner en escena.

En el invierno de 1986 se produjo un suceso extraordinario en el ámbito de la cultura argentina. Algunas calles de la Capital Federal aparecieron empapeladas con un cartel que decía: “Basta de prosa”. ¿Qué mierda era eso? Un grupo de gente que escribía poesía, pero que también se ganaba la vida como periodistas y traductores, se había juntado para publicar una revista trimestral que se llamó *Diario de Poesía*. Hasta ese entonces habían existido revistas que representaban a grupos poéticos con sus respectivos manifiestos, eran revistas de poco tiraje que publicaban lo que les era afín estéticamente. El *Diario de Poesía* era diferente. Tenía el formato de un tabloide, titulaba con *punch*, tomaba la velocidad informativa del periodismo y la verticalidad especulativa de los ensayos. Había reportajes a poetas, fotos de una mujer desnuda en la tapa (las memorias de Kiki de Montparnasse) y cada número incluía un dossier. En el número uno, este dossier estaba dedicado a Juan L. Ortiz. A diferencia de las revistas literarias que se vendían —si es que se vendían— en las librerías o de mano en mano, el *Diario* se vendía en los kioscos. Fue un *boom*. Así es como empieza la poesía moderna en Argentina, no con un sollozo sino con un *boom*. Se agotó la primera edición y tuvieron que reimprimir. En el staff de la revista convivían poetas de diferentes orientaciones, y una de las cualidades era que no se privilegiaba una estética, sino que se difundían todas y se armaban polémicas en torno a los poetas y las poéticas. Esa era una regla que traían del periodismo: si habla alguien, hay que conseguir que hable también el que lo contradice, para que el lector saque sus propias conclusiones. A través del diario mucha gente se enteró de que Juan Gelman estaba vivo y vivía en París, que Juana Bigniozzi no solo era la traductora de algunos libros sobre pintura sino que escribía poemas

geniales (“Mujer de cierto orden”) y que Marianne Moore era una poeta inteligible gracias a las traducciones de Mirta Rosenberg y Daniel Samoilovich. Un grupo importante de los que hacían el *Diario* (Daniel García Helder, Jorge Fondebrider y Martín Prieto) venía peinando la historia de la poesía a contrapelo y apreciaba enormemente la poesía de Joaquín Giannuzzi; tanto es así que en los primeros números le dedicaron un reportaje y una antología breve de poemas, y en el número 30, en el invierno de 1994, un dossier consagratorio. García Helder, en ese momento, escribía: “El presente dossier no pretende paliar la relativa indiferencia que manifiesta, con respecto a ella, la crítica universitaria, la crítica de los medios masivos y la crítica escrita en general [...] lo que se pretende es poner la obra de Giannuzzi en el centro de una discusión y no de un pedestal”.

Como planteó Martin Heidegger siguiendo las especulaciones fenomenológicas de Edmund Husserl, a quien le dedicó *El ser y el tiempo*, el ser-ahí no está en el mundo de la misma manera en que se presentan los objetos. Los objetos aparecen ante nuestra conciencia aun antes de darnos cuenta de quiénes somos. Uno de esos grandes comienzos fenomenológicos está en las primeras páginas de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust (recomiendo la traducción de Estela Canto). Junto con Marcel uno sale del sueño y empieza, antes de tener un yo, a construirse de miles de sensaciones que hacen que termine glosando: esta es una pieza, esta es una cama, la consciencia que las estructura soy yo. La poesía de Joaquín Giannuzzi siempre tendió a esa estructura fenomenológica: hay un objeto (un racimo de uvas, un sapo, un trapo viejo en la cocina, una corbata) y hay un yo que trata de apresarlos y en torno a ellos sacar ciertas conclusiones. Al igual que los miembros del *Diario de Poesía*, Giannuzzi se ganó la vida como periodista y trajo de ese *métier* cierta estructura formal para elaborar sus poemas. Se desarrolla una escena, se piensa algo sobre esa escena, se termina un poema con cierta eficacia conclusiva. Pero a diferencia del periodismo que siempre responde, los poemas de Giannuzzi, aunque parezcan llegar a una conclusión, nos dejan un gusto agrídulce en la boca, porque están en estado de pregunta. Por ejemplo ese poema que termina con una frase definitiva: “Porque hay algo en uno que no encaja en nada”. Es una afirmación, claro, pero tan abierta que hace posible que muchos lectores puedan meter ahí su propia experiencia. ¿Qué es lo que hay en uno que no encaja en nada?

Joaquín Giannuzzi era un gran lector de Pascal. Hay una frase de este que siempre recordaba: puesto que la verdadera naturaleza se ha perdido, todo puede ser naturaleza. Él buscaba que sus poemas se leyeran de un tirón, sin ripios ni complejidades vanguardistas, hay una música que se percibe mientras escuchamos el ruido de fondo de su especulación: no es tango, no es rock sinfónico: son apenas cuatro acordes repetidos más cercanos al punk, si es que tomamos al punk en su lado más luminoso: podés hacer poesía con lo que ves mientras caminás por tu casa, no necesitás ser un pequeño dios — como decía Apollinaire — para escribir un poema. Los motivos están en cualquier lado, solo basta estar en estado de disponibilidad para que no pasen de largo y puedas captarlos, así como William Carlos Williams captó el momento cinético que se produce entre una carretilla roja húmeda por la lluvia y unos pollitos blancos que están al lado.

Hoy mismo podés empezar a escribir poesía. Por ejemplo si te toca salir a sacar la basura. Giannuzzi lo hizo en su poema “Basuras al amanecer”:

Esta madrugada, en la calle
dominado por una especie
de curiosidad sociológica
hurgué con un palo en el mundo surrealista
de algunos tachos de basura.
Comprobé que las cosas no mueren sino que son asesinadas.
Vi ultrajados papeles, cáscaras de frutas, vidrios
de color inédito, extraños y atormentados metales,
trapos, huesos, polvo, sustancias inexplicables
que rechazó la vida. Me llamó la atención
el torso de una muñeca con una mancha oscura,
una especie de muerte en un campo rosado.
Parece que la cultura consiste
en martirizar a fondo la materia y empujarla
a lo largo de un intestino implacable.
Hasta consuela pensar que ni el mismo excremento
puede ser obligado a abandonar el planeta.

Acá está todo Giannuzzi. Un sujeto que sale en una situación cotidiana a tirar la basura, se queda mirando lo que observa, saca una conclusión: “Hasta consuela pensar que ni el mismo excremento / puede ser obliga-

do a abandonar el planeta”. Pero hay mucho más. Por ejemplo, el verso genial cuando ve el torso de la muñeca y transmite al lector algo casi inasible pero perfecto: “Una especie de muerte en un campo rosado”. ¿Qué es eso? Y más: si bien en el final el poema habla de cierto consuelo, eso no impide que pensemos que lo que está observando el poeta —y nosotros junto a él— es la implacable maquinaria del capitalismo salvaje. No hay afuera del Mercado. Por eso “Mercado libre” es una tautología. Lo único libre es el Mercado y todos los demás somos esclavos, como decía Spinoza, esclavos que luchan con uñas y dientes por permanecer en su esclavitud. Sin embargo, el hecho de escribir y leer poemas es un acto de afirmación. Una felicidad difícil de traducir para quien no esté “en la pomada”, una frase que se decía en mi infancia y que me divierte mucho. Te pueden pasar cosas geniales y reflexionar sobre ellas (como en el poema de Giannuzzi: “Vacaciones junto a una ventana”) o cosas graves, un infarto, por ejemplo, y recuperarte escribiendo un poema que empieza de esta manera magistral: “Por alguna razón, al anochecer / mi corazón late como una ametralladora. / El cardiólogo me ha dicho: / controle su vida emocional”. O podés reírte de estar en un velatorio y no ser el muerto y empezar un poema así: “Después del muerto / quien lo pasa mejor en el velorio / es sin duda la mosca”.

Poesía prosaica que viene de estudiar a los grandes maestros de la prosa, como Gustave Flaubert, Joseph Conrad y Henry James —maestros a los que también les robó T. S. Eliot—. Hermano de Eugenio Montale en el uso del correlato objetivo —y no tanto de la oscuridad hermética—, Giannuzzi solía recitar, mientras caminaba por su casa del barrio de Once, un poema de William B. Yeats que le gustaba mucho, “El Segundo Advenimiento”. Le gustaba esa parte en la que el poeta decía que el mundo se fue tan a la mierda que el halcón desde el cielo ya no puede oír a su halconero. Yo creo que hay muchas personas que hoy están tratando de aguzar el oído, a pesar de las noticias graves que llegan desde los celulares insomnes y los aparatos de comunicación. Personas que aún buscan la redención al apoyar la cabeza en la almohada junto a sus parejas y soñar un mundo mejor, más hospitalario, una nueva época.

FABIÁN CASAS

NUESTROS DÍAS MORTALES
(1958)

A Libertad, Moira y Leda

UVAS ROSADAS

Este breve racimo
de uvas rosadas pertenece
a otro reino.
Yace, sobre mi mesa,
en la fría integridad de su peso terrestre
mientras yo permanezco silencioso
imposibilitado
de oponer mi vida a su carnal exuberancia.
Casi con horror admiro allí
la dura tensión del agua
hacia la piel mortal
como una realidad insoportable.
He aquí un remoto acontecer:
todo transcurre del otro lado, fuera
del rumor insensato
de la existencia humana.
Comprendo que hay un límite
cuyo paso en el tiempo
me está vedado
de modo que el puro conocimiento
solo cabe en la mera travesura de la mente.
Más allá está la misma tierra
a la que regresamos como extraños;
en el racimo de uvas rosadas yace
la imagen de otro regreso
y este enigmático existir
dulcemente en el rosa
tiende a cumplir el ciclo
que comenzó, radiante, en el verde lejano.

Otros días transcurren
aquí, en otro espacio
que colmó la inutilidad
de una vida ocupada. Ajeno
a la región de las uvas permanece
mi estupor desalentado;
pero nunca la esperanza
tuvo mejor imagen que esto:
la travesía del límite
que da a lo secreto vendrá
de la misma costumbre de la luz
con que las uvas rosadas
van a entrar en la muerte.

A UN MONTONERO

Tenaces como piojos, en la tiniebla
de las bibliotecas públicas
suele haber hombres inclinados
hurgando en papeles antiguos;
rastrear allí algunos de tus días
que permanecen a oscuras, insolente
silencio en medio de la historia.
¿Qué hacías, por ejemplo,
el 13 de noviembre de 1821?
Oh, aquellos hombrecillos
emprenderían la fuga, en el terror,
si te hubieran visto, al amanecer brumoso
junto al alarido de la batalla
o masticando la galleta
bajo la lluvia, en la noche.
Pero ellos no buscan imágenes
como si fueran al cine. Por lo demás
la palabra héroe ha terminado
precipitándose en el error.
Lo más importante es saber
por qué requerimientos
hundías hasta la sangre
las espuelas en tu caballo, qué remotas
justificaciones hacían
avanzar tus días feroces
entre nubes de polvo.
¿Son antiguas acaso
o extrañas las razones
del impetuoso desorden, el pavor primordial,
la liberación de tus huesos,
tu rotosa chaqueta azul, el hierro

de la tacuara o tu pólvora torpe?
Sin duda te fue concedido
lo justo, en abiertas y vastas
materialidades, donde la crueldad,
la costumbre del desierto y el cielo
te hicieron señor de tus propios
aconteceres. Después,
muerte con cara al barro
o el delirio en el catre, la fiebre
que te introdujo la bala, también estaban
en el seno de un orden
que ha resistido al tiempo
y a la falaz abominación de sí mismo.
Tus batallas giraron
hacia un silencio anchuroso
donde aún prosigue el sentido
que inició el galope de tus caballos,
y el aire también y las hojas
olorosas de América
que torna a mover el viento:
he aquí la abierta eternidad
en poder de tus huesos,
donde es vana la miseria
de toda
interrogación: ¿qué sentido tuvo
para ti, para el mundo,
por ejemplo, la tarde
del 6 de julio de 1820?

LLUVIA EN LEDESMA

Esta es la lluvia apacible
de Ledesma, en febrero. Recordad cómo yacen
las cosas con nosotros, junto a la sombra húmeda
de los cañaverales. A lo lejos la tarde
con álamos de inmóvil y sombrío azul
mientras el desolado silbo del chalchalero
cruza el aire brumoso. Con intensa
lentitud nos movemos y estamos silenciosos
viviendo en una dulce hondonada de América.
Detrás del escaso rumor de la gente, en alguna
parte, transcurre el río, con su cuerpo intratable,
constantemente herido por la piedra del norte
que viene de lo alto del mundo, la soledad
de las estaciones del año.
Algunos vinieron del sur, eran jóvenes
y tenían la piel blanca. Inagotable y vasto
hallaron el escarnio del verano, animales y hojas
pesados de agua entre los hombres. Con fatigado asombro
quebraron la gravedad codiciosa del barro
que arrastraba hacia abajo la llama insegura
de sus ojos. Y se fueron callados
con ardientes papayas y mangos
que hacia el sur se pudrieron en el tren.
Allá, de noche, habrán reunido a sus amigos:
y era América el silencio
instalado de pronto bajo sus frentes.
Prometieron volver, algo oscuro en su mente
o quizás en los huesos sentía más extraño que ajeno
la carnal y ardorosa exuberancia.
Y hablaron también de responsabilidad como si esto
significara luz. Pero los grillos

siguieron cantando en la humedad de Ledesma.
Vino la lluvia, apacible. Ahora conocen
como evidencia del fuego caído en una mano
la realidad de este rostro de América
que el destino de algunos conjetura maldito
o brutal territorio de nacer y de muerte traicionados.

Pero escuchad, ¿acaso, somos aquí pastores
de equivocados actos, de humillantes maneras
que no hallan razón ni sosiego? No: lo erróneo
es esa visión gastada que busca la palabra exacta
antes de aventurar las manos. El miedo no es la razón,
quizás la soledad es un error de perspectiva.
América, pues, ha dejado de ser la palabra
que inicia la justificación de una conducta
distinta, una actitud que retoma
las ruinosas formas de orgullo
y de lo que llamamos espíritu. He aquí la prueba:
la nuestra es otra justificación, estamos
ordenando las viejas violencias terrestres,
construyendo algo que no sea ilusorio,
cosas que logren regocijarnos. Y esto sabemos:
que América es dura y trata de no seguir solitaria,
que toda interrogación es inútil y es desolación
en el lujo de la mente, cuya región desconcertada
invaden la sed, la implacable devoción al sol,
la maldición de los pantanos y arenas, la razón
de los ríos y árboles y animales.
Esto sabemos: que vivir en América
no es haber meditado primero, ni colmar de antemano
el conocimiento de amor para construir después,
simplemente América debe confundirse ahora
con la aceptación de sus vastísimos vientos.
Los que llegaron del sur y se fueron
con perplejidad y con frutas conocen
esta lluvia de febrero, en Ledesma. Conocen
la codiciosa marea de los acontecimientos naturales,

el transcurrir implacable de las formas
levantadas por la arcilla entre los cerros
para desmentir nuestra lucidez de hombres
que pide memoria y sentido.
Pero América no exige justificación ni puede darla;
América es su propia justificación y es la nuestra.
Esto pensad los que habéis partido, hace tiempo,
en verano. Los dioses del río que viene de la soledad
y se oyen detrás de los cañaverales se sientan
a nuestra mesa. Su sentido es oscuro
pero es único: su explicación requiere
soplar sobre la arcilla de América. Tal el secreto
del silbo solitario del chalchalero
en el aire brumoso, el sombrío azul
de esta lluvia de febrero, en Ledesma.

Poesía completa (1958-2008), de Joaquín O. Giannuzzi,
se terminó de imprimir en el mes de abril de 2024
en Arcángel Maggio - División Libros, Lafayette 1695,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
La tirada fue de 2.000 ejemplares.

POESÍA COMPLETA (1958-2008) REÚNE LOS ONCE VOLÚMENES ESCRITOS POR JOAQUÍN O. GIANNUZZI A LO LARGO DE CINCUENTA AÑOS. CON UN PRÓLOGO DE FABIÁN CASAS, ESTA EDICIÓN RECUPERA UNA OBRA POÉTICA ÚNICA, EN LA QUE SE PERCIBE UNA MÚSICA DE FONDO: "SON APENAS CUATRO ACORDES REPETIDOS MÁS CERCANOS AL PUNK, SI ES QUE TOMAMOS AL PUNK EN SU LADO MÁS LUMINOSO: PODÉS HACER POESÍA CON LO QUE VES MIENTRAS CAMINÁS POR TU CASA, NO NECESITÁS SER UN PEQUEÑO DIOS PARA ESCRIBIR UN POEMA".

